

Entre la espera y la esperanza

Loris Malaguzzi¹

Italia

No soy un viajante que se haya parado así por casualidad. Partí con una idea, sigo aquí con mis ideas, con nuestras ideas. Estoy aquí para conversar y continuaré conversando una vez que haya dejado esto. Creo que estas Jornadas han constituido unos días muy bellos. Por otra parte creo que de veinte años a esta parte, al frecuentar estos lugares, he ido haciendo amistades muy queridas incluso aunque nuestras ideas no coincidieran (collimavano) totalmente. Con una enorme sentido ciudadano y una gran sabiduría es como quiero recordar al Prof. Tardini que es uno de los primeros a los que he conocido, así como a Aldo Agazzi.

Por tanto tengo muchas deudas, pero entiendo que eso es justamente lo importante de la vida, ir contrayendo muchas deudas como ésta. Los

¹Este texto es la transcripción de la intervención realizada por Loris Malaguzzi en el Congreso "ROSA AGAZZI en la cultura pedagógica italiana y en la realidad educativa de la escuela materna", organizado por el Instituto Pascual Agazzi entre el 27 y 29 de Octubre de 1993 en Brescia.

problemas que hemos ido analizando aquí son problemas muy fuertes, muy importantes. Nos estamos jugando el futuro, estamos interpretando lo que puede ser nuestro papel en un momento en el que las opciones no son fáciles y, en cierta manera esto no deja de ser positivo- presuponen una capacidad de reflexión cada vez mayor y una profundización que no tenga límites territorialmente predeterminados.

Lo que se precisa hoy en traspasar las fronteras- por decirlo en palabras de un pensador moderno. Se necesita traspasar las fronteras, se precisa buscar las coincidencias que por mucho tiempo nuestra cultura ha sepultado, sustituyéndolas por antítesis, y disyunciones: cuanto mayor la diversidad, de alguna manera, de mejor manera podía alimentarse la razón.

Creo que teníamos necesidad de reflexionar sobre algunas cuestiones, pero la principal de todas ellas es la cuestión de los jóvenes – vista la gran afluencia a este Congreso de profesores jóvenes. Y creo que quizás, si hubiésemos insistido un poco más en tener en cuenta a nuestros interlocutores e hubiésemos indagado más sobre lo que tienen, lo que sienten, sobre lo que esperan, el margen de esperanza que nosotros les habíamos dejado sería ahora más amplio. Sin embargo, debemos reconocer que estos márgenes son escasos y ésta es una responsabilidad bien dura.

Creo que hoy en día toda la gestión y la organización cultural de las escuelas se encuentra en una situación terriblemente difícil, sobre todo, se ve desde la perspectiva de los jóvenes, o desde la perspectiva de aquellos que han comenzado a recorrer el itinerario de una profesión vinculada de algún modo a la educación de los niños pequeños. Estoy convencido de que la pedagogía italiana tiene la necesidad de recolocar – con todo lo que ello conlleva, con todo lo que ello aporta, con todo lo que implica y requiere- en el centro de nuestra atención, en el centro de la escuela, de la educación, del crecimiento, la *subjetividad de quien aprende*.

Este es, en mi opinión, el gran tema que quizás no estemos ahora en condiciones de afrontar con la densidad y con la intensidad que un tema de este tipo requiere.

Creo que la filosofía de la transmisión es todavía una filosofía demasiado fuerte y preponderante. Los investigadores teóricos pueden, de alguna manera, continuar razonando en el plano de las teorías, pero en el plano de los hechos, en el plano de la experiencia, en el plano de la practicidad faltan con frecuencia propuestas articuladas e itinerarios educativos significativos y experimentados, y también verificados y revisados a la vez por estudiosos y profesores teniendo como foco de interés máximo el del niño.

Eso nos aseguraría, por una parte, que alcanzaríamos a percibir bien cuál es la naturaleza, la fuerza del niño que crece, que “cumple con su tarea” de crecer; pero, por otra parte, ello no nos permitiría aún poner en el centro del análisis cuál es el tipo de relación que

se produce cuando el niño crece con nosotros y nosotros crecemos con el niño. Por tanto, es un tipo de crecimiento continuado.

No es que nuestro crecimiento se estabilice, marginándonos y echándonos fuera de una relación de crecimiento. Si estamos hablando de una escuela de la investigación: el niño busca y rebusca constantemente. Trata de huir sobre todo del aburrimiento, que en mi opinión es un virus terrible en la edad infantil. Lo que equivale a decir que somos capaces de producir iniciativas vitales y, sobre todo, que los adultos sepamos sentirnos felices en ese juego, que es un juego difícil pero fascinante, no hay otro igual, es lo que nos mantiene fuertes, en la medida en que podemos ser fuertes hoy, incluido el sentimiento del estupor y de la maravilla que contiene dentro, en la profesionalidad de quien trabaja, como de hecho están ya dentro en la naturaleza y la tarea de crecer que el niño afronta cada día.

Bien, han sido días muy bellos y los días venideros serán días de reflexión. Creo que es para eso para lo que sirven estos encuentros, entre encuentro entre amigos, entre colegas, entre gente que trabaja en el sector en que ahora trabajamos nosotros. Tenemos necesidad de creer más en serio en los niños. Ellos deben sentir- y lo captan todo- el perfume, el olor que destilamos. Ellos nos examinan de pies a cabeza, nos sopesan, saben valorarnos, nos conocen, adoptan lenguajes exactos y adecuadamente dimensionados. Son extraordinarios los niños de hoy en día, pero es preciso que sientan que cuando decimos que son extraordinarios, lo pensamos y nos lo creemos de verdad. A fin de cuentas, la fuerza que piden, la

confianza que exigen es la de sentir que el público que les rodea es un público como este, atento, con el que se puede intercambiar las ideas, con quienes tus ideas serán tomadas en serio, se contrastarán con otras, se discutirán entre todos, podrán discutir las los niños entre sí, hasta pensar que aún existen algunos aspectos, como por ejemplo, el de la participación que han quedado un poco huérfanos dentro de las Orientaciones Ministeriales, al igual que ha pasado con la creatividad. Ser huérfanos de la una o de la otra, o casi huérfanos, quiere decir que se hace precisa redimensionar una situación que requiere más apertura.

No se avanza (non si passa) en la ciudad si no tienes contigo a los padres y las madres. Si no por otra razón, porque te obligan – y eso es lo que nos ha enseñado desde siempre nuestra experiencia personal- a que, como adulto que eres, cambies tus instrumentos, tus recursos didácticos, el comportamiento que mantienes en relación a los niños. Nos piden, sobre todo, que dejemos nuestra “huella” como adultos.

Este problema de la “huella” creo que es un asunto de gran importancia para la escuela. Y no solo en Italia sino en todas partes. Hay muchas escuelas, todavía hoy, que no dejan una huella suficiente. La experiencia no se aprovecha en absoluto. Si pensáis, por ejemplo. ¿cuántos archivos hay en las escuelas infantiles? En casi ninguna parte... poquísimos. Si pensáis: ¿dónde están los archivos de las escuelas elementales., dónde están? Es por los jóvenes y porque debemos dar testimonio de una capacidad de diálogo con la gente y sobre todo ser capaces de crear un sistema de comunicación

permanente muy intensa, muy verdadera y auténtica. ¿Con quién? Con los padres, con las familias, con aquellos con los que tu puedes realmente inaugurar un tiempo nuevo, más allá de los Programas, de las Orientaciones y de las historias, más allá de los sucesos del día a día.

Siento que todo esto es un duro obstáculo al que la escuela infantil no puede no enfrentarse. Entre otras razones porque es la edad de los vínculos, porque no existe ninguna otra edad que pueda beneficiarse de una inversión tan grande e intensa por parte de los padres jóvenes. Con todo lo que esto tiene, también, de riesgo. Pero creo que lo que hoy se necesita no es tanto que nosotros prestemos ayuda a los padres, cuanto que nos ayudemos mutuamente y de que busquemos y encontremos juntos las soluciones.

Yo creo en esta búsqueda conjunta – y eso es lo que hemos hecho estos días, buscar-; búsqueda en la que, aun manteniendo la relación dentro de su rigidez, se va al encuentro de un saber que va de alguna manera más allá del respeto en relación a una sabiduría asimétrica y es capaz de asumir el riesgo de recorrer caminos nuevos, nuevas vías en las que se hace posible un nuevo tipo de impacto, otro tipo de encuentro, donde se parte de una especie de aceptación mutua de las cosas extraordinarias que nos suceden. Y creo que también a nosotros nos sucede cada día algo extraordinario. Estas cosas extraordinarias son un elemento formidable, reclamado siempre por las grandes expectativas de los niños.

Las expectativas infantiles están hoy aquí: aquí no hay niños, ellos están fuera y están a la espera de comprobar qué puede salir de un Congreso de este tipo.

Esto de las expectativas es una gran señal (un grande segno).

Si los niños son capaces de esperar, si saben cruzar todos los temas de la construcción de las expectativas, del esperar, de las expectativas es porque algo debe suceder, algo bello, algo extraordinario. También podría suceder lo contrario, pero no se puede bloquear tanta expectativa, pues la espera está vinculada a la esperanza: si no existiese esperanza tampoco se esperaría nada.

Nosotros nos vamos hoy al concluir estos tres días de estudio sobre la experiencia Agazziana y sobre la realidad del niño de hoy, con la esperanza y con la expectativa, o con las expectativas y la esperanza de que se cumplan.

A proposito dell'articolo "Con l'attesa e la speranza", di Loris Malaguzzi: commenti a margine

Accolgo volentieri l'invito del Direttore di RELAdEI a fare un commento alle parole che Loris Malaguzzi ha pronunciato quasi vent'anni fa: lo faccio con piacere, ma anche con preoccupazione.

Lo faccio con *piacere* per due motivi. In primo luogo, in quegli anni (era 1993) svolgevo il ruolo di pedagogo a Correggio di Reggio Emilia e questo mi ha permesso in qualche misura non solo di respirare il clima di quegli anni, ma anche di lavorare assai vicino a Reggio Emilia. In secondo luogo, l'articolo "Con l'attesa e la speranza" che RELAdEI accoglie nelle sue pagine è la trascrizione di una relazione tenuta all'Istituto Pasquali-Agazzi di Brescia: di lì a qualche anno, le circostanze mi hanno portato a diventare direttore delle scuole dell'infanzia municipali di quella stessa città.

Lo faccio però anche con *preoccupazione*, perché le parole pronunciate da Loris fanno riferimento ad un contesto specifico (l'esperienza di quegli anni dell'Istituto Pasquali-Agazzi) sul quale non è facile fare luce piena dopo tanto tempo. A distanza di vent'anni, non solo il clima culturale è profondamente cambiato, sono cambiate le prospettive, le idee di sviluppo e le politiche dell'infanzia. Non solo: una seconda preoccupazione deriva dal fatto che il testo di Malaguzzi (una delle sue ultime testimonianze) è un discorso "a braccio" e inventato sul momento. È un discorso carico di passione e di emotività per incoraggiare la platea; la trascrizione dei discorsi parlati inevita-

bilmente perdono il calore e la carica emozionale tipica della parola parlata.

Mi limiterò perciò, senza la pretesa di essere esaustivo, a prendere in considerazione alcuni temi che il formidabile intuito di Malaguzzi ha messo in campo e che sono a mio avviso anticipatori di quello che sarebbe avvenuto in seguito.

L'occasione del testo riportato è stata un Convegno organizzato dall'Istituto Pasquali Agazzi di Brescia che era stato dedicato alla cultura pedagogica italiana in ambito infantile e allo stato delle ricerche sull'infanzia in Italia. Il convegno metteva insieme studiosi e ricercatori di scienze dell'educazione² allo scopo di fare il punto della situazione.

Malaguzzi era stato un frequente invitato dell'Istituto e conosceva bene il contributo educativo di Rosa Agazzi e la storia delle scuole dell'infanzia di Brescia. Il suo riconoscimento riguardava soprattutto il contributo storico che il modello Agazziano aveva fornito all'Italia nel periodo compreso fra la prima e la seconda guerra mondiale. Non era d'accordo su come i sostenitori del modello agazziano portavano avanti il loro modello educativo. Era tuttavia disponibile al confronto ed era curioso di sapere e capire che cosa pensavano e facevano gli altri. È in questo senso che afferma di avere "molti debiti": la pedagogia agazziana è stata un punto di riferimento importante non solo per lo

sviluppo delle scuole dell'infanzia italiane, ma anche per Reggio Emilia, nel senso che Malaguzzi ha saputo prenderne gli aspetti migliori, ma li ha anche saputi reinterpretare e ha saputo andare oltre.

Il testo riportato, benché, come detto, sia stato pronunciato in modo improvvisato, illustra bene alcune idee forti della pedagogia di Loris Malaguzzi.

Vediamone alcuni.

"Ci sono scuole che ancora oggi non lasciano sufficientemente tracce ...".

Erano gli anni in cui gli studi sullo sviluppo del bambino erano particolarmente vivaci. Erano gli anni che avevano visto, in Italia, la riforma definitiva della scuola primaria (1985) e, soprattutto, erano stati da poco approvati, sotto la supervisione di Cesare Scurati, i Nuovi Orientamenti per la scuola dell'Infanzia (a cui anche le esperienze di Reggio Emilia di quegli anni aveva dato un impulso non marginale)³. Su questo punto Loris sembra volere mettere in guardia la sua platea: non è sufficiente applicare i nuovi Programmi e i Nuovi Orientamenti, occorre lavorare anche dal basso, occorre prestare attenzione alle "tracce".

Le madri e i padri continuano ad avere una grande responsabilità educativa, gli adulti non devono rinunciare al loro ruolo di guida, non devono delegare il

²Bagnalasta Bàrilaam M., a cura di, (1993), *Rosa Agazzinella cultura pedagogica italiana e nella realtà educativa della scuola materna*, (Atti del XV Convegno - Brescia, 25-27 ottobre 1993), Istituto di Mompiano "Pasquali-Agazzi", Brescia, 1995.

³ Vale ricordare che Loris Malaguzzi non fu invitato a far parte della Commissione Ministeriale incaricata di redigere i Nuovi Orientamenti, che vedranno poi la luce nel 1991.

Tutti però erano consapevoli dell'impossibilità di non prendere in considerazione l'esperienza di Reggio Emilia. In questo modo, nel testo dei Nuovi Orientamenti sono presentate molte idee di Loris Malaguzzi.

loro compito educativo, ma hanno il dovere di lasciare delle tracce (un po' come le briciole della storia di Pollicino) che i più piccoli possano seguire. Vi sono tuttavia anche altre tracce, altrettanto importanti: **“... quanti archivi esistono nelle scuole dei bambini?”**, quali tracce lascia la singola scuola, il singolo centro educativo? Comunemente, le scuole (i centri educativi) non conservano traccia delle esperienze dei bambini e dei ragazzi che hanno ospitato, non conservano un archivio della memoria (che sia qualcosa di più della conservazione dei dati burocratici) pedagogica. Si “può attraversare” un intero percorso scolastico senza lasciare traccia. Malaguzzi si chiede quale comunicazione, quale colloquio c'è fra i bambini e i giovani da un lato e con le scuole e le famiglie dall'altro. Come dire: ben vengano i nuovi programmi e le nuove riforme; il problema è però che rischia di mancare la personalizzazione nell'educazione, perché l'educazione personalizzata è basata sul dialogo reciproco, sulla comunicazione reciproca, sull'incontro di storie personali che dovrebbero – appunto – lasciare traccia del loro percorso. È evidente come per Malaguzzi la documentazione debba svolgere un ruolo centrale: le scuole devono lasciare “tracce”, le esperienze devono capitalizzarsi, arricchirsi e affinarsi in un processo che tenga sempre conto di ciò che è stato fatto per correggersi e riadattarsi, per rinnovarsi, per migliorare sempre.

Un altro tema caro a Loris Malaguzzi è quella che oggi si definirebbe come relazione fra la ricerca e quelle che saranno definite le *best practices*. I ricercatori fanno il loro mestiere di studiare ed è importante che

continuino a ragionare sulle loro teorie. Tuttavia lamenta come gli studiosi scendano poco sul piano pratico, non siano di aiuto per chi si occupa di educazione nel proprio lavoro di ogni giorno. Chi lavora quotidianamente in ambito educativo avrebbe bisogno di supporti e proposte, sufficientemente sperimentate, in grado di aiutarlo nel lavoro educativo pratico. In altre parole, Malaguzzi auspica la nascita di un patto proficuo e coerente fra ricercatori e maestri (cioè fra università e scuola) perché crede fortemente nell'importanza che fra le due professioni vi sia un dialogo e un confronto costanti, che i due mestieri si fondano insieme. Il ricercatore non deve solamente essere un teorico, perché i risultati delle sue ricerche dovrebbero servire per migliorare le pratiche educative. Nel frattempo tuttavia, se il ricercatore conosce bene la scuola, quella concreta e praticata nella quotidianità, saprà formulare delle ipotesi di ricerca migliori, più coerenti e vicine alla realtà. Dall'altra parte, anche l'educatore o l'insegnante deve essere un professionista colto, che non si limita a svolgere la propria azione educativa come se si trattasse solo di qualcosa di esecutivo e procedurale, ma deve attribuire alla propria azione un significato pedagogico profondo, inserendola in una cornice culturale di ampio respiro. Per questo motivo, studiosi e insegnanti dovrebbero lavorare l'uno a fianco dell'altro, dovrebbero verificare e rivisitare, rispettivamente dati e azioni, “insieme”, come Loris dice, *“nell'interesse primo del bambino”*. Non va dimenticato che il primo grande ricercatore è il bambino che affronta costantemente il mondo che gli sta intorno attraverso la meraviglia e lo stupore.

Malaguzzi sembra mostrare di riconoscere, nell'ormai lontano 1993, i segnali della crisi della scuola e dell'educazione che verrà e che investirà tutta l'Europa, crisi che perdura tuttora ed afferma con decisione che anche la scuola e l'educazione hanno la loro responsabilità nella penalizzazione dei giovani che li esclude da prospettive di un futuro sereno.

La soluzione a questo enorme problema è per Malaguzzi principalmente uno: *“Abbiamo bisogno di prendere più sul serio i bambini”*. I bambini chiedono la nostra fiducia, la nostra attenzione, la possibilità di scambiarsi le idee, chiedono di confrontarsi, di partecipare. I bambini, dice Malaguzzi, *“sanno aspettare, ... perché qualcosa deve accadere, qualcosa di straordinario”*. Non bisogna bloccare l'attesa e la speranza dei bambini.

L'idea di bambino che Malaguzzi ha sviluppato per tutta la sua vita è quella di *“bambino potenziale”*⁴. Il bambino *“ha la forza di crescere”* o, per essere più precisi, *“fa il suo mestiere di crescere”*. E il mondo che gli sta intorno (il mondo degli adulti) lo deve aiutare nell'acquisizione dei 'saperi della vita', delle conoscenze e delle esperienze utili non solo per essere tecnicamente preparato in qualche ambito, ma per essere in grado di vivere 'una vita buona'.

Oggi diremmo che tutti i bambini dovrebbero vivere in una società in cui *tutte le persone dovrebbero essere messe in condizione di poter fare ciò che sono capaci di fare* (e in questo senso le prime esperienze di vita sono rilevanti), in cui cioè ognuno dovrebbe essere considerato degno di rispetto e ognuno dovrebbe essere messo nelle condizioni di vivere in modo pienamente umano. Una simile società tratterebbe ogni *persona* (a partire proprio dai bambini) *come fine* e guarderebbe la singola persona come depositaria di proprie capacità individuali uniche. Queste idee, pronunciate vent'anni fa, appaiono ancora oggi molto attuali.

Battista Quinto Borgui

Módena, 2012

⁴Se vea Borghi B. Q.(2003) *“Antes del curriculum, Algunas experiencias de la escuela infantil italiana: Loris Malaguzzi y el niño potencia, en Gallego Ortega J. L. y Fernández de Haro E, (coord.), Enciclopedia de la educación infantil, volumen I, Ediciones Aljibe, Málaga, pp. 547-553.*

Cita del artículo:

Autor (año). Titulo. *RELADEI - Revista Latinoamericana de Educación Infantil. 1 (1)*, pp.117-124. Recuperado el (fecha de consulta) en <http://redaberta.usc.es/reladei/index.php/reladei>

Acerca del autor



Loris Malaguzzi

(Correggio, Italia 1920 –Reggio Emilia, Italia, 1994)

Pedagogo. Ideador filosófico del proyecto educativo de las Escuelas Infantiles de Reggio Emilia, una ciudad del norte de Italia.